

pp. 757-758

Ignacio ARELLANO – José Antonio RODRÍGUEZ GARRIDO (eds.), *El teatro en la Hispanoamérica colonial*, [Madrid], Universidad de Navarra – Iberoamericana – Vervuert, 2008, 474 p., ilustracs.

Si el estudio de la literatura colonial charqueña está viviendo un momento esperanzador, lo viene haciendo sobre dos áreas: la de la poesía y la del teatro. En el primer caso la atención se ha concentrado en dos autores (D. Dávalos y Figueroa y Luis de Ribera); en el segundo las revelaciones son menos personalizadas y deslumbrantes, pero también iluminadoras: en este caso el punto desencadenante ha sido el códice de piezas que guarda el Monasterio carmelita de Potosí; en otra dirección, también se ha avanzado en el conocimiento de la realidad y la utilización del teatro en algunas comunidades indígenas orureñas. Por ‘desgracia’ (¿o *felix culpa?*), el grueso del trabajo está en manos de investigadores extranjeros (casi una tautología, si tenemos en cuenta las condiciones antecedentes internas); pero también en este aspecto cabe esperar que algún día no tan lejano el fuego acabará prendiendo en el interés y las preferencias de los futuros investigadores bolivianos.

El volumen objeto de este comentario recoge los trabajos presentados en un encuentro celebrado en Lima (2006), a cargo del Instituto Riva-Agüero y del Grupo de Investigación del Siglo de Oro (GRISO). Si como señalan los editores, los “*estudios pormenorizados*” en profundidad han predominado claramente sobre los “*habituales recorridos panorámicos*”, más que anticipar el carácter necesariamente desigual del interés boliviano de esas actas, habría de subrayar su capacidad ‘docente’, iluminadora, inspiradora y orientadora para aquellos futuros investigadores bolivianos del teatro colonial de Charcas.

Podemos distinguir tres círculos de interés. El primero abarca los trabajos referidos en general a América o a la Nueva España (llegan a trece), sobre los que aquí no me voy a detener. El segundo, en cambio, nos atinge más de cerca: son los que tocan temas peruanos, alcanzando a seis contribuciones. Mencionaré dos de ellos, ejemplos de lo que podemos considerar ‘temas compartidos’: el primero se refiere a obras mestizas como el *Usca paucar*, el *Ullantay*, las actuales representaciones andinas de temas de Calderón y de otros cronistas metropolitanos, la obra teatral del limeño Peralta y Barnuevo o, finalmente, la presencia de modelos clásicos en el teatro colonial peruano; el segundo, en cambio, aborda un caso, pero lo hace con ambición panorámica: es el de P. Guibovic sobre el teatro escolar jesuítico; aunque son raras las referencias a realidades charqueñas (un par o tres de leves alusiones a los colegios de Potosí, La Plata y La Paz), pues casi todo gira en torno a la realidad limeña, no por ello pierde su condición estimuladora de búsquedas documentales en los archivos locales (empezando, por ejemplo, en los libros del cabildo potosino).

El tercero incluye trabajos específicos para la historia teatral de Charcas, siendo una buena representación del presente fenómeno –aludido al comienzo– de una naciente historiografía teatral sobre la dramaturgia charqueña. Encontramos en él tres trabajos: de A. Eichmann sobre “Temas dramáticos de la colección de manuscritos musicales de Sucre” (pp. 275-294); de M. Zugasti sobre “Teatro recuperado de Charcas: Dos obras olvidadas de fray Juan de la Torre (OSA) a la entrada del Virrey Diego Morcillo en Potosí, 1716” (pp. 295-321, con 5 láms.); y de I. Arellano, “Elementos cómicos en una colección de entremeses potosinos de los siglos XVII y XVIII” (pp. 323-351). Así, pues, que Charcas ocupe 75 páginas en este rosario de casos

particulares, podemos tomarlo como el argumento más convincente de que ‘algo se mueve’ en la historia teatral charqueña.

Y es cabalmente la combinación de los tres factores o círculos concéntricos de contribuciones la que convierte este volumen en la mejor herramienta actual para quien quiera adentrarse en esta parcela de la historia cultural y social de Charcas. Si algo hemos de reprochar a los editores es la ausencia del siempre necesario y utilísimo índice onomástico (y a poder ser, también toponímico).

JOSEP M. BARNADAS